**Dar testimonio de la resurrección del Señor**

La misión de la Iglesia consiste en  dar testimonio de la resurrección del Señor. «**Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor**». Este testimonio constituye el núcleo de la nueva y perenne evangelización. La Iglesia existe en el mundo para dar razón de su esperanza.

Los apóstoles daban testimonio de su experiencia. Habían visto al resucitado y no podían silenciar su alegría. La misión es, ante todo, compartir la experiencia de Jesucristo muerto y resucitado. Para ser testigos del Señor resucitado de entre los muertos, la comunidad apostólica recibió el Espíritu de la verdad, No se trata de dar testimonio de un personaje excepcional del pasado, sino de anunciar al crucificado como el Viviente, como el Señor de vivos y muertos.

La llamada que los Papas nos lanzan a la nueva evangelización, es una llamada a dar testimonio alegre de Jesús, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Este testimonio es fuente de alegría para el que lo recibe y para el que lo da. La alegría compartida, crece sin cesar; pero la alegría reprimida, se desvanece. Si hemos visto en la fe a Jesús, el Viviente, será para nosotros una gran alegría que los otros compartan la amistad con él.

### El encuentro con el resucitado hace pasar de la incredulidad a la fe. Tomás, al palpar que el crucificado vive, exclama: «¡Señor mío y Dios mío!» En esto consiste la fe: en reconocer a Jesús como nuestro Señor y nuestro Dios. El creyente le da su confianza y avanza en la historia bajo su Palabra. He ahí la meta de la nueva evangelización: que todos puedan reconocer a Jesucristo como su Dios y Señor, a fin de vivir en consonancia con su Palabra. Quienes hemos tenido la suerte de creer, demos gracias infinitas y comportamos nuestra alegría con los que buscan y con los incrédulos.

**«Estad siempre alegres en el Señor»**

Jesús, afirma: «**Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí**». Estas palabras de Jesús no pueden dejarnos indiferentes. A los que buscan verlo, É los remite a la cruz. En ella, ¡oh paradoja divina!, se revela el verdadero rostro del Hijo, la belleza infinita de un amor hasta el extremo a los suyos y su comunión perfecta con el Padre.

Con su obediencia, Jesús selló la alianza nueva y definitiva de Dios con la humanidad. En Él se manifiesta el amor insondable de Dios y la respuesta perfecta del hombre a su amor. Él es el único Mediador de la alianza del Espíritu. Pero, como la carta a los Hebreos enseña, el aprendizaje de la obediencia no fue fácil. «**A pesar de ser Hijo, aprendió a obedecer sufriendo**». Y el autor sagrado añade: «**Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna**». ¡Fecunda, inmensamente fecunda es la obediencia del Hijo!

Para que esta fecundidad nos alcance a cada uno de nosotros, se nos pide adentrarnos en la obediencia al Hijo, en la «**obediencia de la fe**». Y aquí radica precisamente la tarea de la evangelización: «**conducir a los hombres a la obediencia de la fe**». La tarea de la nueva y perenne evangelización tendrá como objetivo hacer «**verdaderos discípulos**» de Jesús, dispuestos a vivir, aun cuando sea entre alegrías y lágrimas, el dinamismo de la obediencia filial. Una obediencia que nace del amor e irradia el amor gratuito de Dios hasta los confines de la tierra.

El mismo acontecimiento de la evangelización se presenta como un acto de docilidad y obediencia al Espíritu Santo. Jesús derramó el Espíritu sobre la Iglesia apostólica para que fuera testigo de su muerte y resurrección de Jerusalén hasta los confines de la tierra. No lo olvidemos: Jesús sigue atrayendo a todos hacia él desde la cruz.

### ****“¿Qué buscáis?”****

Hoy, como un día a los primeros discípulos, Jesús nos pregunta: ¿Qué buscáis? **La respuesta debe ser personal y comunitaria**.

El hombre no cesa de buscar: en lo más hondo de su ser anida el deseo de vida y plenitud. Pero la búsqueda puede desviarnos del anhelo más profundo de nuestro corazón; también en el campo de la religiosidad podemos equivocar el camino. Quien busca simplemente responder a las necesidades materiales, intelectuales o religiosas, digámoslo sin ambages, se incapacita para la verdadera felicidad, para encontrar el verdadero tesoro que inunda de alegría al corazón humano.

¿Buscamos como los primeros discípulos? Aquellos hombres no buscan cosas, sino conocer donde vive y quien es aquel a quien Juan Bautista ha  presentado como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. **La verdadera alegría radica en el encuentro con el Señor. Sólo él puede colmar el deseo del corazón humano.** Las necesidades pueden ser atendidas desde diferentes perspectivas, pero el deseo de plenitud y felicidad sin ocaso, sólo encuentra respuesta  en el que viene a nuestro encuentro desde el seno del Padre.

Los primeros discípulos encontraron lo deseado ardientemente por su corazón. Su alegría fue inenarrable y salieron al encuentro de amigos y hermanos, para comunicarles la buena nueva. **Llevaron a los suyos a Cristo. La misión brota de la alegría de haber encontrado la respuesta al anhelo de un corazón sediento de felicidad y plenitud.** La samaritana vivió esta misma experiencia. Cuando descubrió de verdad a Jesús, dejó su cántaro y salió corriendo a buscar a los suyos: les anunció su experiencia y los llevó hasta Jesús. El anhelo del pueblo encontró así una respuesta gozosa en la escucha de la palabra de aquel que mora ya en el Padre, pues murió y resucitó para hacernos participes de su misma vida divina.

**PRÁCTICA-** Al orar alégrate en el encuentro de cada día con Jesús.